

# PINOCHO

AÑO. V  
NUM. 226

25 cts

16 JUNIO  
1929



- PINOCHO. DILE A D. TURU QUE SALGA.

- NO, QUE ESTÁ DURMIENDO Y HA DICHO QUE MIENTRAS DUERME NO LE MOLESTEN.

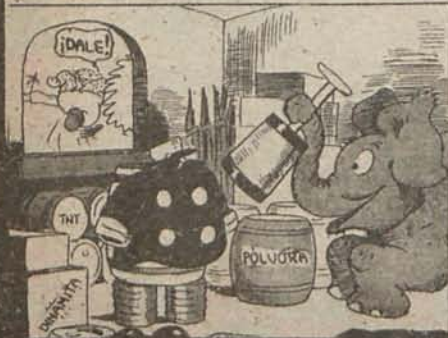
- PUES DESPIERTALE PRIMERO Y ASÍ NO LE MOLESTAS



# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.

## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón







# EL PARALELO 28° 17'

POR L. GIOVANOLA Y A. M. BARBIERI

(Continuación)

¡ay! que encontré desierto de cocodrilos y desprovisto de pápiros y de

lotos; y no bien tomada mi resolución, me dirigí a la Agencia Cook para adquirir el billete válido hasta Medinet.

Por la noche, después de comer en el *Hesbekir*, fui a parar a un *Alcázar Parisièn*, que anunciaba con grandes iluminaciones de colores, un programa estupendo en que destacaba en el puesto de honor el nombre de una tonallidera italiana. La representación había ya empezado y no pude colocarme sino en una butaca de las de las últimas filas. El Egipto, con sus palmeras, sus pirámides y su desierto, distaba miles de leguas de aquella sala en que me hacía la ilusión de haber entrado al apearme, en la acera de un bulevar, de coche de plaza parisino. El mismo ambiente, la misma disposición hasta en los más insignificantes detalles, el mismo público, las mismas canciones inclusive.

Habría jurado hallarme en Eldorado o en *Folies Bergères*. Me senté, lancé en torno una ojeada, miré el programa y me puse a leer el periódico que acababa de comprar a, la puerta del teatro; pero no conseguí enterarme, distraído por el murmullo de aquella que, por respeto a los ejecutantes, llamaré música, y por el griterío de los espectadores. En determinado momento, llegaronme a los oídos algunas palabras pronunciadas en francés y advertí a dos señores que, sentados precisamente en las butacas de delante de la mía, dialogaban entre sí en voz no tan baja que no me permitiera percibir lo que decían:

—Un viaje desastroso; —era el de la derecha quien hablaba— desastroso, te repito. Aún tengo molidos los huesos. Todo fué bien hasta Nápo-

les donde creía se detuviera algunos días por las razones que ya sabes; y puedes imaginarte mi asombro cuando supe que se había marchado de improviso dejando sus paquetes en la fonda con orden de que se los enviaran en parte al Cairo, a la oficina de correos.

—¿Y entonces?

—Entonces creí por un momento no poderle alcanzar. En un plazo de cuatro fechas no había otros barcos para Alejandría, y...

Indudablemente hablaban de mí; miré con cautela por encima del periódico que sostenía desplegado entre las manos y no salí de mi estupefacción al reconocer en uno de los dos franceses al viajero que desde Bolonia a Nápoles había sido mi pesadilla viviente. Ahora no podía abrigar dudas acerca de sus intenciones con respecto a mí, así es que me oculté tras el periódico fingiendo hallarse absorto en la lectura para poder escuchar mejor sus palabras.

—Era absolutamente necesario — continuaba mi perseguidor— que yo llegase a Alejandría al mismo tiempo que el vapor. Casi estaba por decidirme a fletar un barco, cuando me asaltó la mente un medio más rápido y más económico.

Una fábrica de automóviles ostentaba con magníficos anuncios de colores los grandes éxitos de ciertas canoas de motor de su invención. Aquello era lo que yo necesitaba. Me encaminé al astillero para enterarme de las condiciones del flete; pero no bien supieron que deseaba hacer la travesía a Alejandría, se negaron del modo más rotundo a facilitarme una embarcación.

—Y ¿cómo has zanjado entonces la dificultad?

—¡Espera un poco, hombre! Dupliqué y tripliqué por fin la cifra que anunciaban y entonces consintieron pero con la salvedad de que habría de depositar en sus manos una crecida suma como garantía.



Partí en el acto, reduciendo a los términos más ínfimos las provisiones de boca a fin de aumentar la carga de bencina. El mecánico, que era sumamente hábil, con segura y ágil manio-  
bra, llevó a alta mar en un periquete la canoa poniéndola a una velocidad asfixiante. Pero en Mesina hubimos de perder casi cinco horas para una reparación en el timón y para repornernos de combustible. Luego, pasado el estrecho, la mar se puso gruesa y amenazadora y la navegación ya no fué tan fácil como en la primera parte del viaje. Todavía el motor por demás resistente y rápido en su movimiento preciso y uniforme, permitía al esquife cortar las olas como una saeta.

Alguna vez un golpe de mar más impetuoso resistía a la violencia de la máquina y nos elevaba como una pluma; las hélices fuera del agua giraban inútil y desesperadamente en el aire sobre las encrespadas espumas, y con mil trabajos lograban luego vencer la nueva resistencia para devolver al barquichuelo el impulso y la velocidad perdidas. Varias veces corrimos riesgo de zozobrar. Jamás he echado tantas maldiciones en mi vida. Empezaba a creermme sobradamente osado, y ya me arrepentía de mi temeridad. Más el mecánico, impasible por su parte, proseguía en silencio su maniobra con la mirada atenta y firme el pulso. Pero yo dudaba que pudiese resistir tres días de insomnio voluntario y de tan desesperado esfuerzo. El hecho es que se mostró digno de su máquina como si estuviera fundido con ella. Por fortuna, en la tarde del segundo día el mar volvió a calmarse y a la noche pudimos tomar tierra cerca de Dernah, en el golfo de Bomba, donde desembarcamos para tomar fuerzas. La borrasca habíanos llevado al Sud-oeste de nuestra ruta, en vista de lo cual, costearo la playa hacia el oriente, llegamos a Alejandría nueve horas después que el Orión.

—Y ¿él había desembarcado?

—Sí, se había ido al *Europa*. Pero cuando lo supe, ya había partido. Yo sabía, sin embargo, que debía de estar aquí, y por eso me vine al Cairo en el primer tren.

—¿De modo que está aquí?

—Sí, en el *Pandellini*. Pero se marcha mañana. ¿Entiendes?

—Perfectamente. Procederemos como tú dijiste.

—¿Puedo contar con ello?

—¡Carambal ¡me parecel... ¿Y la fianza para la canoa automóvil?

—La canoa se volvió en seguida, remolcada por un vapor; mañana estará en Nápoles y la suma me la reembolsarán telegráficamente aquí al Cairo, a la Agencia Cook.

Ya sabía todo lo que me importaba, por lo que me pareció oportuno abandonar mi puesto de observación. Lenta y cautelosamente, tapándome siempre la cara con el periódico abierto, me levanté de mi localidad y, de espaldas a la escena donde brincaban dos bailarines en traje de mujer, salí del teatro pasando por la gran portalada del atrio.

Fuera, en la amplia calle en la que los focos eléctricos derramaban a oleadas una nítida luz y donde el movimiento de los carruajes, de los automóviles de faros deslumbrantes y de los peatones seguía tan intenso como en la hora del paseo, anduve un poco a la ventura, sin ver nada, con la cabeza aturdida y en el oído la voz y las palabras que al fin me habían puesto en claro las cosas. ¿Es decir que se maquinaba algo en contra mía? ¿quizá estaba ya dispuesto un plan para impedirme toda acción? ¿tal vez querían apoderarse de mi persona para no dejarme llegar en algún tiempo al sitio en que los adversarios querían precederme a toda costa?

Luego ¿estaba entonces en el buen camino?

¿Habríanme seguido hasta allí los competidores y decidido una acción tan rápida a no haber sido el Nilo el río indicado en la carta? Evidentemente hubieran dirigido su astucia y su atención hacia los otros: hacia Enrique si el río de referencia hubiera estado en América; y si en Asia, hacia los ingleses. Sentí que el corazón me palpitaba desordenadamente y todos mis deseos convergían allá, en el paralelo 28°, 17', a orillas del río sagrado, en el palacete que no

(Continuará en el número próximo).

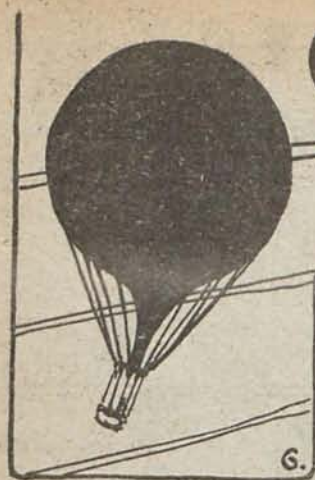




# COLORÍN Y SU PANDILLA







# UN DRAMA

## EN EL AIRE

POR E. ALGARÍ

6.

(Continuación)

—¿Dónde estamos señor teniente? Ya no veo el mar bajo mí.

El pobre creía que aun estaba suspendido de la cuerda y se maravillaba de no ver bajo sí la ilimitada superficie azul. Se incorporó con gran esfuerzo y miró en derredor con ojos extraviados.

—No tengas miedo,—dijo el oficial.—Ya no corres ningún peligro.

—¿Qué hace ese hombre ahí arriba, mi teniente?

—Es el aeronauta.

—Que el diablo se le lleve y también a su globo ¡Qué miedo, señor teniente! no sé como no me he vuelto loco.

—Por el contrario, quien se nos ha vuelto loco es el aeronauta, mi buen Antonio,—dijo el oficial—Ya no podemos contar con él y si no nos apresuramos no sé cómo acabará todo esto.

—Parece que ahora descendemos.

—Sí, y el mar está debajo y la tierra ha desaparecido.

—¿Nos ahogaremos quizá?

—¡Quién sabe! ya veremos.

El *Tago*, impulsado por aquella brisa que no variaba de dirección seguía su curso hacia el noroeste tendiendo siempre a subir.

El calor solar dilataba el gas y el aerostato se elevaba sin que por aquel momento fuese preciso arrojar más lastre. Había ya llegado a los mil doscientos metros y no daba señales de detenerse.

El mar aparecía como un inmenso velo azul. Ni una sola vela, ningún barco de vapor se veía surcar por el

horizonte. Alguna que otra nubecilla erraba por el espacio proyectando su sombra sobre el mar, flotando por bajo del globo.

El teniente, sentado en un saco de lastre, callaba mirando al loco. Temblaba sólo al pensar que aquel hombre pudiese cometer alguna fechoría. Lo que más le preocupaba era el cuchillo que el aeronauta llevaba ceñido a la cintura pero que no había vuelto a envainar. Si le hubiese dado la manía por rasgar el globo ¿quién les salvaría?

Afortunadamente el señor Camarghaos se mantenía tranquilo. Miraba siempre al occidente y sólo de vez en cuando pronunciaba algunas frases entrecortadas.

Transcurrieron así cuatro horas sin que la situación cambiase. A las once se percató el teniente con terror de que el globo comenzaba a descender.

¿Habría ocurrido algún desgarramiento en el tejido o era que por ser el globo tan viejo no podía evitar la salida del gas?

—Antonio—dijo el oficial mirando al loco—Parece que vamos bajando.

—¿Y no habrá tierra por aquí cerca?

—Yo no veo más que agua.

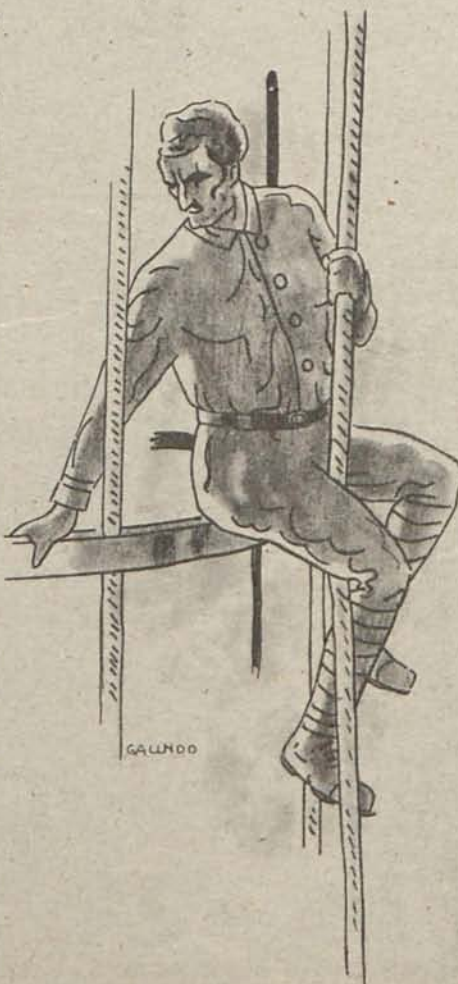
—Pues entonces nos vamos a ahogar.

—¡Señor Camarghaos! —gritó el teniente.

También el loco se apercibió de que el aerostato descendía y en aquel instante se agitaba mirando con inquietud el barómetro colgado de la cuerda de la barquilla.

Al oír la voz del teniente se volvió hacia él y le dijo:

—Tire al mar a ese triple imbécil. Por culpa suya empieza a descender el *Tago*. Yo no quiero servir de comida a los tiburones y prefiero llegar a la Luna.







—A ti es a quien voy a tirar al mar, grandísimo asno!—gritó el soldado—  
Si estoy aquí no es por mi gusto.

El aeronauta se encogió de hombros y luego se enderezó sobre el cerquillo de madera y bien sujeto con las manos miraba a lo lejos.

El oficial y su asistente creyeron por un momento que se iba a tirar de cabeza al mar.

Pero en seguida volvió a sentarse diciendo:

—¡Arrojad más lastrel!

—Ayúdame Antonio; el señor Camarghaos nos da un buen consejo.

—Y cuando hayamos tirado ya todos ¿qué hacemos?—dijo el soldado.

—Sucederá lo que Dios tenga dispuesto de nosotros.

Aun había diez sacos de arena en el fondo de la barquilla. Cogieron dos y los arrojaron al mar. El globo descargado de improvisado de aquel peso dió un rápido salto de unos trescientos metros tan bruscamente que el bueno del loco estuvo a punto de ser lanzado al espacio.

Allí dieron con una nueva corriente de aire con dirección de sur a norte la cual podría ser la salva-

ción. Si el globo seguía aquel rumbo los aeronautas tendrían probabilidad de descender a cualquier playa.

El señor Camarghaos confrontó sus dos brújulas y dirigiéndose al teniente le dijo:

—Procuremos mantenernos a esta altura si queremos descender a tierra, pues la península de Kathiamar está hacia el septentrión.

¿Habría renunciado ya a su viaje a la Luna o es que tenía un momento de lucidez?

El hecho es que había indicado la buena dirección.

Acaso la inminencia del peligro produjo una violenta sacudida en su cerebro y su instinto de aeronauta despertó en él de improvisado. Al mirarle el teniente observó que en sus ojos no brillaba ya aquel resplandor extraño que antes los animaba y a él le produjo tanto espanto.

—Echad más lastrel!

Otros dos sacos desaparecieron en el fondo del mar.

El globo dió otro enorme salto en el momento preciso en que comenzaba otra vez a descender. El loco se bajó del aro: tenía fruncido el ceño y en su mirada se leía una grave preocupación. Miró durante algunos instantes al teniente y después le dijo:







# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



TENEMOS QUE HACER LA HISTORIETA PARA PINOCHO, DON TURU

QUE TE CREES TU ESO. SERVIDORITO ESTÁ HOY EN HUELGA DE BRAZOS COMPLETAMENTE CAIDOS



¿QUE DICE USTED, SEÑOR PINOCHO? ¿QUE CORRE PRISA LA HISTORIETA? PUES LO SIENTO MUCHO, PERO EN ESTOS MOMENTOS ESTOY CRUZANDO EL ATLANTICO EN GLOBO Y NO ESTOY EN CASA Y CURRINCHE QUE TAMBIEN ESTÁ PRESENTE DICE LO MISMO



HUYAMOS LEJOS, CURRINCHE, QUE HA DICHO PINOCHO QUE SALIA A BUSCARNOS CON UN GARROTE



¡BONITO REGALO PARA EL NENE O LA NENA! ¡PINOCHO CON SU PORRA!

¡CARAPE! ¡QUÉ SUSTO ME HE LLEVADO!

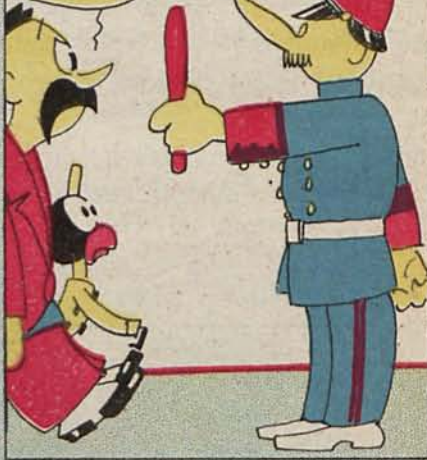


¡INOCHO! ¡AHÍ VA PINOCHO! ¡HA SALIDO PINOCHO!

¡CANASTOS! ¡NO GANA UNO PARASUSTOS!



¡ATIZA! ¡ESTE SI QUE HA SIDO SUSTO! ¡CREI QUE ERA EL MISMIIMO PINOCHO



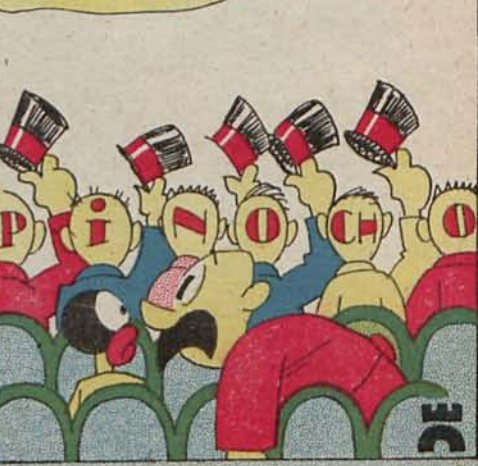
VAMOS A METERNOS EN UN CINE, CURRINCHE DONDE NO VEAMOS NI OIGAMOS NI SEPAMOS NADA DE PINOCHO



¡A VER, ESOS SEIS CABALLEROS, QUE SE QUITEN LAS CHISTERAS QUE NO DEJAN VER NADA!



¡ESTOS TIOS NOS HAN 'MATAO' CURRINCHE!

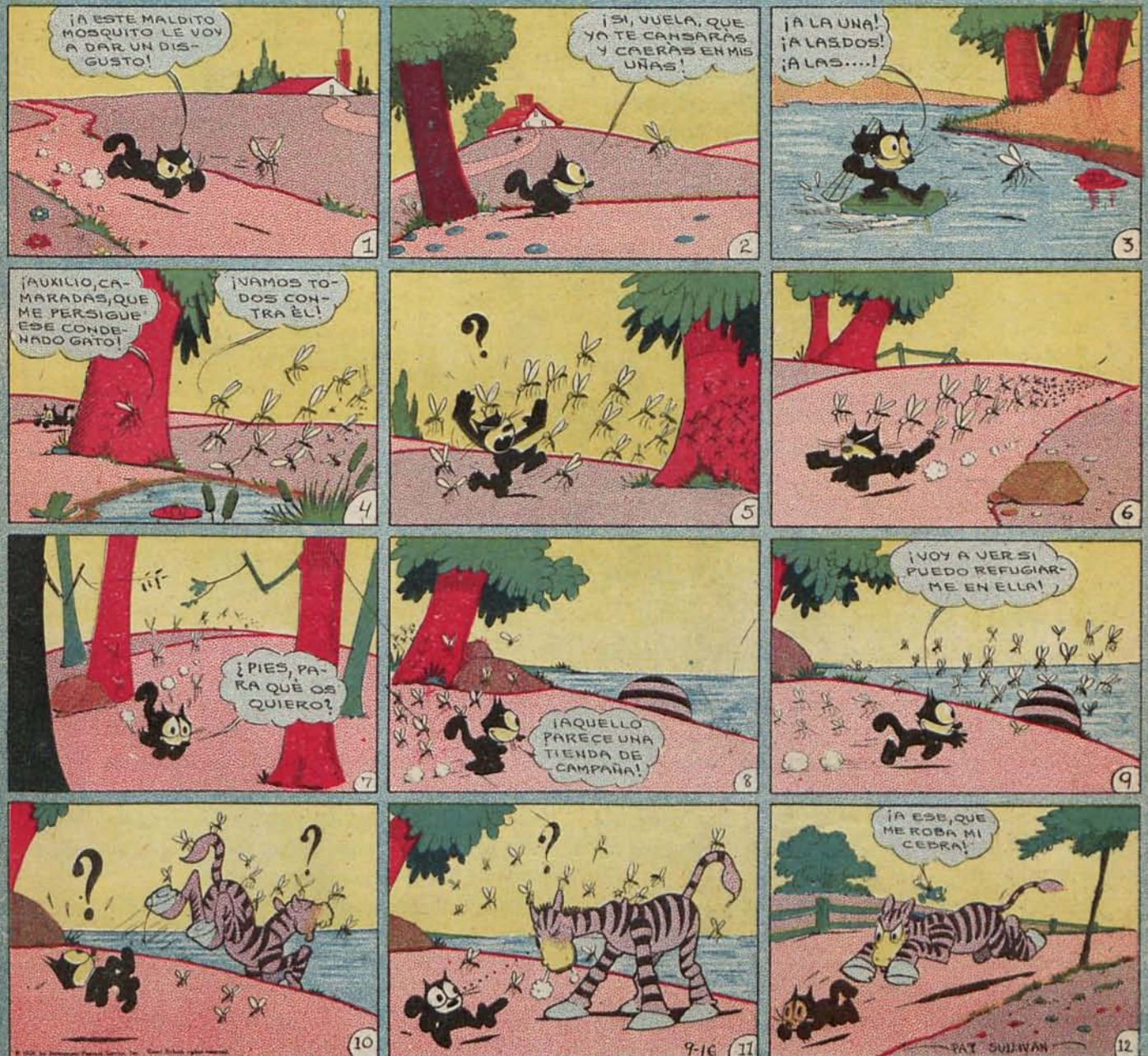




**LAURA**  
LA  
COTORRA  
INDISCRETA



**PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO**





# CUENTOS DE CALLEJA

## EL JARDIN DE LA SALUD

Castillo

**L**UISITA, la hermana de Enrique, simpático muchacho de doce años, se moría. Los médicos habían ensayado ya en vano todos los recursos de su ciencia; y la pobre Luisita se extinguía en su lecho lentamente.

Enrique estaba inconsolable. Quería a su hermana entrañablemente, y perderla le producía insoportable dolor.

No consentía en separarse de la cabecera de la cama en que su hermanita, vencida ya por la dolencia, reposaba casi inerte.

Aquella tarde dijo a Enrique su madre:

—Sal un rato, hijo, a tomar el aire. Llevas aquí metido no sé cuantos días y vas a acabar por ponerte malo tú también.

Enrique se resistía a separarse ni un momento de Luisita; pero ante las instancias de su madre, tomó su gorra y salió hacia las afueras del pueblo.

¡Qué triste estaba! Nada le interesaba ni distraía del pensamiento el recuerdo de su hermanita.

Sentóse en una piedra y allí quedó un rato inmóvil con la cabeza entre las manos.

En esto sintió que le tocaban en un brazo; alzó la vista y vió con sorpresa que una linda cabrita le miraba con ojos brillantes.

Enrique la apartó dulcemente, y volvió a su postura anterior; pero pronto levantó la cabeza sorprendido y gozoso al oír cómo la cabrita decía:

—Enrique consuélate. Toma esta sortija del mago Agrajes. Con su ayuda curarás a tu hermana.

El muchacho se puso en pie de un salto. Una cabra que habla no es de todos los días, y predispone a escuchar con atención cuanto diga.

—Me has dado lástima—continuó la cabrita—, y he querido ayudarte. Ponte este anillo; ordénale lo que quieras, y mientras ello sea bueno, te obedecerá.

Y sin decir más, desapareció.

Enrique, atónito, no sabía qué pensar. Allí, junto a él había un grueso anillo de oro con dibujos extraños. No había duda: no había sido una alucinación.

Rápidamente, alegre de esperanza, se puso el anillo y dijo:

—Quiero saber cómo puedo curar a mi hermana.

Apenas lo había dicho, cuando en un árbol inmediato vió colgado un cartelón que, con gruesas letras, decía:

Vé al jardín de la salud  
Y busca un ramo de hiedra,  
Sé firme como la piedra  
Y recto cual la virtud.

Contentísimo Enrique al ver que la cabrita no le había engañado, se apresuró a decir, mirando al anillo:

—Quiero ir al Jardín de la Salud.

No bien hubo acabado de decir estas palabras, cuando bajó una nube y le arrebató por los aires.

A los pocos minutos, se encontraba a las puertas de un hermosísimo jardín, a cuya puerta había dos mujeres; una vestida de blanco y la otra de negro. La de blanco tenía la cara fresca y sonriente; la otra, arrugada y taciturna. Aquella llevaba en la mano una manzana; ésta esgrimía una guadaña.

—¿Quién sois? — preguntó Enrique.

—¡Yo soy la Vida! — dijo la primera.

—¡Yo, la Muerte! — repuso la segunda.

—¿A qué vienes aquí? — preguntaron al muchacho.

—Vengo por una rama de hiedra para curar a mi hermana.

—No puedo dártela sin permiso de ésta — dijo la Vida señalando a la Muerte.

—¡Y yo no lo permito, porque Luisa me pertenece! ¡Es una presa que no cedo! — gruñó la Muerte con ira.

Sonrió tristemente la Vida, y, dirigiéndose a Enrique le dijo:

—No puedo darte lo que deseas; pero fíjate en que puedes tomarlo sin que yo te lo entregue.

—¡Pues, entonces, pasará, cueste lo que cueste! — exclamó el muchacho.

—¡No entrarás vivo! — gritó la Muerte, blandiendo su guadaña.

—¡O si entrará, si es listo! — dijo la Vida enfadada.

¡No te metas con este muchacho, que es mío por muchos años!







—¡Ahora lo veremos!

Enrique saltó al umbral de la puerta del jardín, y la Muerte le dió un terrible guadañazo, que le hubiera privado de la existencia si en aquel momento la Vida no le hubiese hecho oler la manzana que tenía en la mano, y que lo curaba todo.

Así pasó Enrique entre la Vida y la Muerte al Jardín de la Salud. Ya dentro, comenzó a buscar la hiedra prodigiosa.

—¿Cual será? ¿Dónde estará?—se preguntaba mientras buscaba impaciente entre las innumerables plantas del jardín.

—Anillo — dijo al fin—; enséñame la hiedra que busco.

Un lindo pajarito rojo y verde cantó en aquel momento:

—«La hiedra salvadora  
la hiedra rara que aquí solo existe,  
es una hiedra azul; nunca la viste  
más delante de ti la ves ahora».

Y así era. Frente a sus ojos, al alcance de su mano, una preciosa hiedra, enroscada a un roble, desplegaba al viento sus hermosas hojas azules.

—¡No me cortes ya — gritó la hiedra —, porque tu hermana va a morir, y no llegarás a tiempo! ¡La Muerte está ya cerca de su camita!

—¡Anillo de Agrajes—exclamó de pronto Enrique—, tráeme aquí atada a la Muerte!

No bien hubo acabado de decirlo, apareció la Muerte toda desgredada y atada codo con codo como un criminal.

Todas las plantas comenzaron a aplaudir.

—¡Bravo, bravo! — gritaban.

—Anillo — dijo Enrique—; quiero que la Muerte quede aquí presa hasta que yo llegue al lado de mi hermanita.

La Muerte bramaba de furor. Pero Enrique, sin hacerle caso, cortó una ramita de la hiedra azul, y dijo al anillo:

—¡Llévame al lado de mi hermana!

Inmediatamente se encontró en la alcoba, donde toda su familia lloraba la próxima muerte de la niña.

—¡Aquí está—dijo el muchacho — lo que — ha de salvar a mi hermana!

Y aproximándose a ella, exprimió en su boca el jugo de la fresca mata que había arrancado en el jardín de la Salud.

La niña abrió en el acto los ojos y llamó a su madre, pidiendo que la vistieran.

Resistióse la familia, hasta que el médico dijo que, en efecto, estaba buena y sana.

Todos felicitaron a Enrique con entusiasmo, hasta que, al fin, dijo el muchacho:

—Esto se lo debo a una cabrita, y tengo que ir a darle las gracias.

Fué en efecto, al mismo sitio donde encontró a la cabrita, y no la vió. En vano recorrió todas las inmediaciones.

Mas para algo tenía el anillo de Agrajes.

—Anillo—dijo—, tráeme la cabrita que estaba aquí antes.

Y la cabrita apareció.

—¿Qué me quieres, Enrique?—preguntó el animal.

—Darte las gracias, y preguntarte en qué puedo servirte—contestó Enrique.

—Veo que eres agradecido, y quiero que sepas que soy Atala, la hija de Agrajes, el mago.

En el acto se transformó en una niña preciosa, de la edad de Enrique, sobre poco más o menos.

—¡Qué linda eres!—exclamó el muchacho— ¡Vente a casa, y jugarás con mi hermanita, que ya está buena, gracias a tí!

Fueron juntos a casa de Enrique, y éste la presentó a sus padres como la salvadora de Luisita. Allí la obsequiaron mucho, y al despedirse ofreció volver todas las tardes.

Un día el propio Agrajes visitó la casa de Enrique, para conocer a la familia de que tanto le hablaba su hija, y al marcharse tocó de un modo especial un arca vieja.

—Ábrala usted luego—dijo al despedirse.

Al abrirla se la encontraron llena hasta arriba de monedas de oro. Encima había un papel que decía: «Regalo de Agrajes a dos niños muy simpáticos».

Con aquel dinero siguió Enrique su carrera, y Luisa tuvo una dote espléndida, y con eso y el amor de sus padres y amigos, fueron felices.







# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—¿Tú sabes, mi querido buho, qué cosa es un microbio?

—¡Hombre! naturalmente ¿No voy a saber yo lo que es un microbio? Me parece que un día hablamos ya de estos pequeñísimos animalitos que son el germen de muchas cosas buenas y de muchas cosas malas. Ya te acordarás que te hablé de microbios amigos y enemigos nuestros.

—Lo recuerdo muy bien; pero no lo digo por eso. Es que yo un día voy a matar de un estacazo a dos microbios, amigo buho.

—Tú estás loco, querido Chonón. ¿Pero tú crees posible matar de un estacazo a un microbio? No sabes lo que te dices.

—Los microbios a que yo me refiero, te aseguro que no resisten el estacazo que les tengo reservado. En cuanto les eche la vista encima ¡paff!, se acabaron los microbios. Mira la trastada que me han hecho estos microbios. Estoy que bufo, que echo bombas, que trueno, que arrollo...

—Bueno hombre, no te dispares de ese modo. Cuéntame a ver qué te han hecho esos microbios.

—Esos microbios son Tin y Tón. Ya comprenderás que para mí no son más que dos insignificantes microbios. Han estado aquí mientras yo me hallaba en la escuela y fíjate lo que me han hecho en los libros de mi biblioteca; abre uno y verás.

—¡A... a... a... chis!

—¿Ves? Pues eso mismo me pasa a mí. Han llenado todos los libros de polvos para estornudar y en cuanto abro uno, me constipo.

—¡A... a... a... chis!

—¡Jesús! ¿Te parece bonito el bromazo? ¿Qué hago yo ahora?

—Pues sacudir los libros en el balcón y nada más. Cálmate, ten paciencia y déjate de dar estacazos a nadie. Ya sabes que Tin y Tón son dos horribles tempestades y no hay nada bueno que esperar de ellos. Vamos a nuestra charla.

—Vamos a ella. ¿Quieres que hablemos de los microbios?

—De quien. ¿De Tin y Tón? Ni pensarlo.

—No, hombre; de los microbios de verdad. De esos insignificantes seres que hay que descubrir con el microscopio. Una cosa me interesa saber ante todo y es esta. Yo creo que siendo tan chiquititos estos seres vivirán muy poco tiempo. Apenas deben de tener vida. No es posible que en el espacio tan reducidísimo de su cuerpo pueda desenvolverse todo el proceso de una larga vida.

—Pues estás equivocado perfectamente. Es decir tu equivocación es una cosa relativa nada más. Bajo el punto de vista tuyo puede ser que tengas razón al imaginarte que la vida de un microbio es corta, cortísima. Pero científicamente la vida del microbio es todo lo contrario de como tú te la imaginas. Es una vida que no termina nunca. Los microbios no mueren, claro está que

hablo de la muerte natural pues si se les priva de vida por procedimientos artificiales mueren, desde luego, como todos los demás seres. El veneno, la falta de alimentos, la privación de agua, las temperaturas elevadas y en general todas las cosas incompatibles con su vida son causa de que el microbio muera. Pero el fin natural del microbio no llega nunca.

—Explicáte porque no te comprendo.

—El microbio tú ya sabes que es simplemente una célula y todos los seres que, como el microbio, se componen de una célula, no mueren, porque la célula, llegada a cierto desarrollo, se divide en dos nuevos seres, y éstos a su vez en cuatro, y éstos en ocho, y éstos en dieciséis, y así hasta un límite que es imposible fijar. Seguramente que este límite no existe. Ya ves si el procedimiento de propagación es bien sencillo.

—Y admirable. ¡Qué lástima que las perras chicas no fuesen microbios! Una, que se convertiría en dos, dos en cuatro, cuatro en ocho.

—No seas ambicioso, Chonón. ¿Para qué quieres más capital que tu talento? Aprende cosas nuevas y piensa, para que pensando se propaguen tus ideas y de una nazcan dos y de dos cuatro y así llegarás a tener en tu cabeza un caudal de conocimientos que valdrán más que el capital de perras chicas que ambicionas.

—¡Qué filósofo estás! Dime. ¿Tarda mucho tiempo un microbio en dividirse en dos?

—Según la clase de microbio así es el tiempo que dura lo que pudiéramos llamar su propia vida. Desde luego, que bajo este punto de vista, la vida del microbio es la más corta del mundo, pero no olvides que en realidad la vida no acaba, sino que se divide en dos y por lo tanto se prolonga en dos nuevos seres. Hay microbios, como por ejemplo los del cólera, que al cabo de veinte minutos de existencia se parten en dos.

—Entonces en veinticuatro horas habrá una invasión de microbios aterradoras.

—Como que cada uno se convierte en ese tiempo en ochenta mil. Esto te dará idea de la extraordinaria rapidez con que se propagan las epidemias producidas por microbios.

—¿Y no hay medios para evitar su propagación?

—Muchos. Todos los que atacan al microbio atacan a la propagación de la enfermedad. Lo difícil es hallar estos medios de destrucción, pero una vez hallados no hay microbio que se resista a los procedimientos científicos que crea la inteligencia humana.

—Entonces ¡guerra a los microbios!

—A los microbios malos, porque ya te he dicho que hay microbios buenos cuya vida es tan importante que sin ella no podríamos vivir nosotros.

## CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE OCTUBRE FALLO DEL JURADO

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «CUENTOS DE CALLEJA»

Primer premio.—Aurelio Soutullo.

Segundo premio.—Luis Gorostiza.

Tercer premio.—Ramoncito Velasco.

Cuarto premio.—Adela C. de Cepeda.

Quinto premio.—Teresa Campuzano.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado:

Luis Vivar, Luis González, Amadeo Betist, María Luisa Fonseca, Ginés Poliante, Berta Gayoso, Carmen Lozano, Alfredo Huertas, Manuel de la Vega, Luis Quisiant, Jeremías Barroso, Soledad del Valle, Federico Gálvez, Gago del Valle, Antonio Pérez, Simeón Castillo, Juanita Usabiaga, Antonio Orbeago, Crispulo Mon, Marcos Fouvielle.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

## PREMIOS A LA COLABORACION PINOCHISTA DEL MES DE OCTUBRE FALLO DEL JURADO

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «CUENTOS DE CALLEJA»

DIBUJOS... { Primer premio.—Mary Alvarez.  
Segundo premio.—Nicolás Menéndez.  
Tercer premio.—Manuel A. Sotomayor.  
Cuarto premio.—Eduardo Rodríguez.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado:

Fernando Pastrana, Fermín Salgado, Luis Rodríguez, Araceli Alvarez, Luis Laplana, Arturo Galán, L. Hidalgo, Carlos A. de Sotomayor, Ricardo Isasi, Manolo Martín, Adolfo Carmona, Pilar Santoyo, Rosario Losada, Jesusa Morales, Teófilo José Simeón, Manuel Marengo, Emilia Saiz, Magdalena Recaséns, María Amelia Neyra, Paco Ruano, Victoria López, José M.<sup>a</sup> A. Cascos, Daniel Peregrín, Elisa Otero, Trinidad de Pablos, Rafael Raya, Pura Grifoll, J. Antonio Urgoitia, Román Jugo, Salvador, Marcelo Lozano.



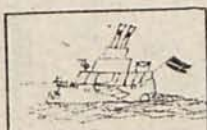
# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE JUNIO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



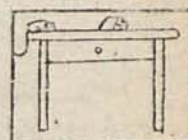
Pinocho con rumbo a Buenos Aires  
Salvador Pérez, 12 años



El yate de recreo de mi tío  
M.<sup>a</sup> Teresa Calderón, 11 años



Un torpedero  
Adelina Menerero, 14 años



Al olor del queso  
Georgina Miguel



La niña  
y la gallina  
M.<sup>a</sup> A. Gómez



Un sacerdote  
José M.<sup>a</sup> A. Cascos



Pastora  
Inés Jaraquemada



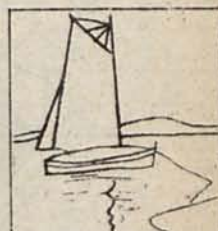
Cabeza de perro  
Ana M.<sup>a</sup> Fernández



Mi amiga Pina  
Julia Ruiz, 9 años



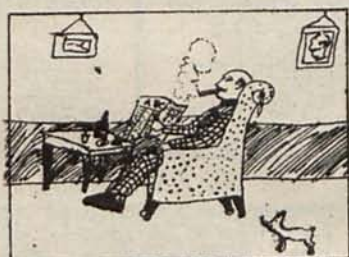
Una gitana  
Luisita Rodríguez



Un barco  
Carmen Llorca



Pino 8  
Reginilla Lázaro



Un nuevo rico.—M. A. Esquiroz



Colorín y Morronguis  
Luis Vidal Ribas



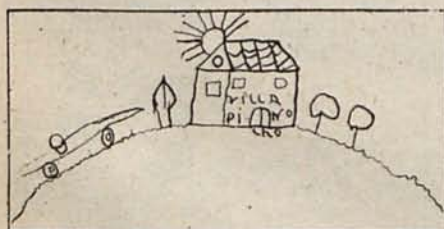
En el Café  
Joaquín Requena



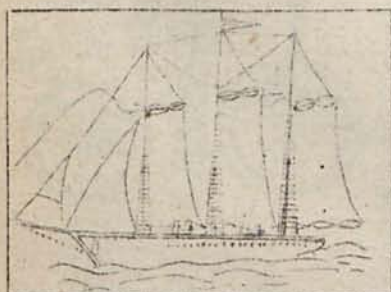
Pastora  
Tomás Vera



Aeroplano en el cielo  
Carlos Brea



Villa Pinocho.—Manolo Guijarro, 7 años



Una fragata.—J. G. Laurie



**BARBILÓN REY DE LOS FEOS**  
es uno de los 8 tomos publicados en la preciosa Serie Barbilón de Cuentos de Calleja en colores.

Precio **UNA peseta.**



Mi tío el bandillero  
Manuel Díez, 10 años



El detective Roquefort  
y su fiel Cucaracha  
N. N.



Comprando toros para el circo. Roberto Texidó



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JUNIO

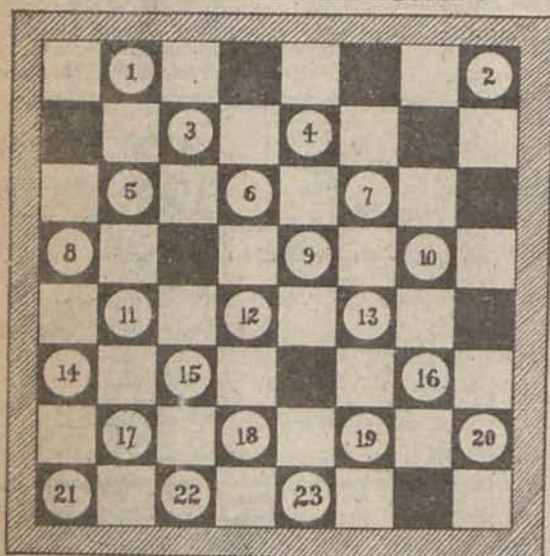
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pínochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pínochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

## EL RINOCERONTE DIABÓLICO



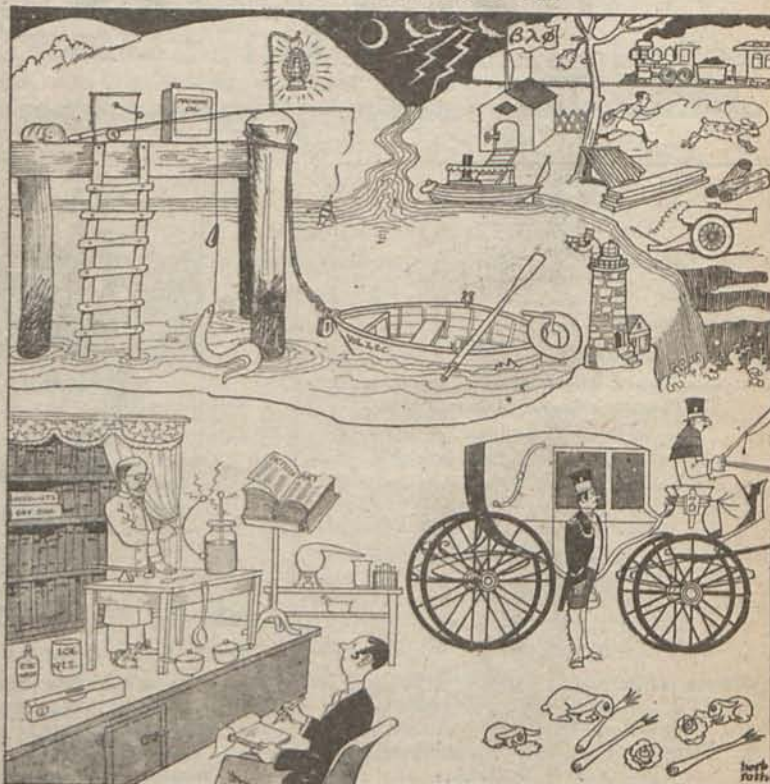
....pero resulta que contemplando tan difícil operación están, escondidos, un elefante y dos cabras y cada vez que el señor Mono se equivoca le dan una ovación. ¿Podéis averiguar vosotros, perspicaces pínochistas dónde se hallan los tales animalitos?

## EL TABLERO EMBRUJADO



¿Cuántas filas de tres fichas, ¡oh, avisados mozalbetes! se pueden ver en el presente tablero? Las filas deben ser rectas (!) y la línea debe pasar por el centro de las tres fichas. Así: 1, 3, 6 forman una, 4, 12 y 22 otra, 1, 3 y 20 otra, etc...

## LA CE MALDITA



¿Cuántos objetos cuyo nombre empieza con C hay en este dibujo



# ANITA

## BUEN-CORAZON





# SECCIÓN PIRULA

CHARLAS de PIRULA  
DECORADORA

## Las flores fantásticas



ca solamente; porque ahora sigo siendo muñeca pero soy también redactora de «Pinocho».

Entonces tenía yo una mamá igual que mis Pirulindas.

No quiero decir que la tuviese igual que la tienen las Pirulindas; sino que mi mamá era igual a las Pirulindas; como vosotras era una niña y era bonita, simpática, lista y buena.

Una tarde, mi mamá me llevó a casa de una amiguita que la había invitado para presentarle varias nuevas hijas suyas y para jugar a las visitas; a los colegios y a las comiditas, todo ello de mentirijillas, naturalmente; y para merendar, pero esto de verdad; naturalmente también.

Mientras que las dos mamás se disponían a saborear toda suerte de golosinas, la mía me dejó encima de la mesa, junto a un cacharro lleno de magníficas rosas de té.

Yo al pronto me alegré de esta colocación que se me daba, pensando en el delicioso perfume que iba a estar respirando y que me serviría de festín para el olfato, mientras que mi mamá proporcionaba a su paladar un festín de bollos y pasteles, bombones y emparedados.

Más igual no sería mi horror al advertir que aquellas preciosas flores solamente olían a trapo, a polvo y a caucho?

Por primera vez en mi vida, me hallaba en presencia de flores artificiales;

no otra cosa eran aquellas rosas que sin duda habían servido para adornar algún sombrero de la madre o de la abuela de la amiguita de mi mamá.

Como yo entonces era tan solo una muñeca a quien el gran Pinocho no había hecho todavía el milagro de dar vida, no me podía mover por mí misma; y todo el tiempo que duró la merienda, que fué bastante, hube de permanecer en tan desagradable vecindad.

Durante aquellos momentos pensé que los hombres y las mujeres son unos embusteros imperdonables, puesto que hacen cosas para engañar, cosas que imitan a las de la naturaleza, como si pudieran nunca reproducirse exactamente las obras de Dios.

Y pensé también en la desilusión que experimentaría una abeja que, activa y trabajadora siempre, se acercase a una flor para libar en ella el jugo con que hace la miel, y se encontrase con que la flor era de trapo.

Y en mi indignación, resolví hacer a las flores artificiales una guerra sin cuartel.

Por eso ahora que de muñeca he ascendido a «artista», os aconsejo que no useis nunca las flores artificiales; ¿que queréis adornar un sombrero? Pues ahí están las cintas, las plumas, las fantasías de todas clases.

Y si se os antoja adornar una habitación con flores y plantas que sean duraderas, inmortales, os voy a indicar para ello un medio estupendo:



consiste en fabricar flores que, aun cuando no sean naturales, no sean de imitación tampoco; flores que no imiten nada, flores de capricho, flores completamente fantásticas; flores en fin que no parezcan flores pero que adornen tanto como si lo fuesen.

Veamos un ramo de claveles... «o así». Se hace del modo siguiente. En un trozo de muselina de color, se pasan unos hilvanes rectos paralelos, dejando entre ellos una distancia de un centímetro y medio, poco más o menos. Estos hilvanes marcan las líneas en las cuales habrá de hacerse vainicas a máquina. Hechas estas vainicas, se cortan y se obtienen así unas tiras estrechas bordeadas por un piquillo. Las flores no serán sino estas tiras fruncidas.

La base de cada flor se oculta luego, enrollando alrededor hebras de seda verde, especial para el caso; de este modo se forma el cáliz; la seda verde sigue enrollándose alrededor del alambre que forma el tallo.

Pueden utilizarse para algunos claveles dos tiras de muselina de diferente matiz, cuidando de que el matiz más oscuro esté en el centro y el matiz más claro en los bordes.

El segundo ramo es mucho más fantástico todavía; como que no es un ramo; es todo un árbol, pero un árbol enano, de estilo japonés.

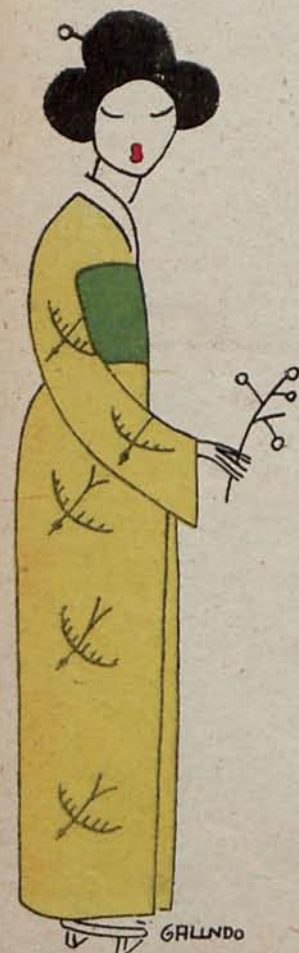
Lo haremos con... adivina adivinanza ¿con qué haremos nuestros arbolito del Japón? pues lo haremos con... un collar!

Con uno de esos collares que se componen de palitos de coral cruzados, que resultan tan divertidos porque por más que se haga, nunca se consigue que todos los palitos queden en el mismo sentido.

Cuando hayamos deshecho el collar y tengamos todos los palitos sueltos, los enhebramos en un alambre muy fino que a su vez va enganchado a otro alambre más gordo que forma la rama; cada una de estas ramas se cubre, enrollándole alrededor tiras de papel de seda color marrón; el tronco está formado por el conjunto de todas las

ramas, y se cubre con igual papel de seda marrón.

Este tronco habrá de plantarse en un tiesto lleno de tierra, pero de tierra de verdad.



GALLINDO